

Mario Sancho

La revolución del Sapoá

Fragmento del libro "Memorias de Mario Sancho"

Tomado del libro de igual nombre; Editorial Costa Rica

¡Inolvidable madrugada aquella en que murió en los brazos de Jorge, que ya se había venido a Nicaragua creyendo próximo el momento de partir a la frontera, e inolvidable también la tarde que fuimos a enterrarlo al cementerio de Granada en la bóveda de familia de los señores Urtrecho! Al dolor de perderlo, a la pena que sentíamos de su vida y de sus hijos, agregaba la idea de que la revolución había fracasado antes de nacer. Así pasamos unos días de desconsuelo y desesperanza, pero luego volvi-

mos a la carga. El recuerdo de Alfredo nos servía de acicate.

Se presentaban, sin embargo, muchas dificultades.

Necesitábamos, a más de dinero (que al fin pudo conseguirse con la firma del doctor Giustiniani), un militar de experiencia que nos organizara y un jefe civil cuyo nombre fuera simpático a los costarricenses; a Washington y a los conservadores de Nicaragua; y conciliar las tendencias divergentes de nuestro grupo (volistas y castristas). Se pensó primero en Oreamuno, hombre inteli-

gente y de experiencia política; mas su venida nos pareció a todos difícil sino imposible, por tener don Nicolás a su cargo prácticamente dos familias: la suya y la de Alfredo (aunque respecto a esta última conviene decir que su cuidado no debe entenderse en el sentido económico). El doctor Giustiniani decidió, después de algunas vacilaciones y consultas, llamar de San Salvador a don Julio Acosta. Yo mismo redacté el telegrama.

Con don Julio vino también el general mexicano Manuel Chaco, quien había vivido en Cartago y allí se había hecho de buenos y numerosos amigos, hasta el punto de meterse vuelta de El Alto. Esta partici-

a encabezarlos cuando la repación le valió el destierro.

Chao era un hombre culto. Fue maestro de escuela en México antes de entrar a la Revolución -al lado de Villa, de quien se separó después. Doy el dato para los que no lo conocieron, no vayan a imaginárselo como un truculento cortacabezas. Todo lo contrario, si por algo pecaba era por su suavidad y poco rigor con los soldados.

A los pocos días nos fuimos a la frontera. Antes hicimos un manifiesto y una proclama al pueblo costarricense, ambos redactados por mí. El mes era de mayo, como reza el romance, y así, llenos de esperanza, nos embarcamos en Granada y tomamos rumbo hacia una isla del lago, donde dormimos. Al día siguiente se pasó revista, se volvió al vaporcito y al son

Pasa a la Pág. 22

Yo habría pasado muy contento en Nicaragua si no hubiera sido por las noticias que recibía de casa y de Costa Rica. La tiranía de Tinoco arreciaba. Se perseguía, encarcelaba y vejaba a todos cuantos ofrecían alguna resistencia al régimen. Los siniestros hermanos estaban empeñados en mantenerse a cualquier precio, y el terror y el espionaje cundían. A Nicaragua nos llegaba el rumor de todas estas cosas. A mí me cogió, sin embargo, de sorpresa, la noticia del levantamiento de Rogelio Fernández Güell en febrero de 1918, y más aún la participación de mi hermano Carlos en la escaramuza de El Alto de Ochozogo y de su muerte después, en compañía de Rogelio y de otros muchachos, cerca de Buenos Aires, a manos de un pelotón mandado por el bandido Patrocinio Araya. Aquello fue un terrible golpe para mí. Durante mucho tiempo no puede recobrar la tranquilidad. Decidí contribuir en la única forma que me era posible a la empresa de derrocar a los Tinoco. Fundé un diario, "El Fígaro", para hacer opinión en su contra y escribí muchos artículos que tuvieron alguna resonancia. Uno sobre todo, a causa de que desde el principio hasta el fin era una terrible recriminación a Irías y a los liberales nicaragüenses que ayudaban a Pelico. Se titulaba: Los Nuevos Condotieros. Desgraciadamente no lo conservo. De mis trabajos de periódico sólo traje unos pocos artículos publicados en la revista "Nicaragua Informativa", que también fundé con ayuda de Mr. Malconson, el jefe de la casa Grace en Managua. Entre esos artículos, uno escrito a raíz de la muerte de Alfredo Volio. Las cartas a Calsamiglia y a los estudiantes de Derecho (Véase "Notas y apéndices") me las dio hace poco un amigo nuestro, opositor de la tiranía, quien las había copiado para circularlas clandestinamente.

Fue en medio de estos trabajos periodísticos que me hallaron los Volio y los demás emigrados costarricenses cuando llegaron a Managua. Huelga decir el contento que esa llegada me produjo y el ánimo con que seguí escribiendo. Jorge se estuvo poco en Nicaragua. Se fue en seguida a Tegucigalpa, adonde también se marcharon un tiempo después Celina Alfreddito y Niní, en atención a que el clima no les sentaba y a que allá podían ser atendidos por don Nicolás Oreamuno y su familia en el caso de que nosotros nos fuésemos a la revolución.

Alfredo desde el primer momento se dedicó en cuerpo y alma a preparar la entrada a Costa Rica, con la ayuda del doctor Giustiniani, Tofio Alvarez Hutrado, Manuel Castro Quesada, Raúl Acosta, y desde luego con el apoyo del Presidente Chamorro, don Adolfo Díaz y otros hombres del partido Conservador. Cuando ya se habían conseguido bastantes fusiles y algunas ametralladoras, Alfredo se fue a ver a su familia. Una corta visita despedida antes de marcharse al Guanacaste. Tal era su pensamiento. El destino dispuso las cosas de otro modo. Aquel fue el último adiós a su mujer y a sus hijos. Regresó a Managua, estuvo allí dos días ultimando ciertos detalles, se fue a Granada, y una semana después moría de fiebre amarilla en el pensionado del hospital. Su muerte fue un rudo golpe para todos nosotros. Todavía, no obstante el correr de los años, está viva en mí memoria la tristeza con que lo vimos partir a lo desconocido, precisamente en los momentos en que nos disponíamos a realizar, con él a la cabeza, la redención de Costa Rica.

La revolución del Sapoá

Viene de la Pág. 20

del clarín de Pelota nos dirigimos a Sapoá. El desembarco fue en extremo dificultoso debido a que el lago estaba muy picado. Hubo momentos, cuando la chata que llevábamos de remolque con las armas embestia furiosa al empuje de las olas a nuestro barco, que creíamos ahogado otra vez nuestro empeño revolucionario.

De Sapoá marchamos a Peñas Blancas y de Peñas Blancas a La Cruz por el camino llamado de Las Vueltas, un endemoniado camino que le daba realmente mil vueltas al río del mismo nombre.

En La Cruz, el Estado Mayor preparó los planes y dispuso que el grupo del ejército se fuera a Santa Rosa. De allí fue luego a dar batalla a las tropas tinoquistas atrincheradas en la hacienda de El Jobo. Desatino signifique y derrota espantosa en que perdimos al general García Osorno, a Celín Arias y a otros muchos valientes muchachos, a más de cuatro Maxims que teníamos.

En la refriega salió herido también otro de nuestros jefes, el general Alfonso Estrada. Fue un verdadero milagro que la bala que le hirió en la frente no le dejase muerto al instante. En unas angarillas pudo traérsele con los demás heridos a La Cruz, donde se le hicieron las primeras curas antes de embarcarlo a Nicaragua.

La vuelta de los soldados de El Jobo fue desconsoladora. Su moral estaba quebrantada. Se decidió, pues, nuestra retirada de ahí. Pasamos a Conventillos y no paramos hasta Ostional, lugar en que el retén nicaragüense nos quitó las armas. Descorazonados y cansados nos disponíamos a abandonar la empresa cuando se presentó el coronel Alfredo Noguera Gómez y instó a perseverar. Noguera venía a la frontera de jefe de las fuerzas de observación del gobierno de Managua, y enterado del desastre y de nuestra falta de medios, alimentos y armas, nos ofreció volver a darnos estas últimas poco a poco, y proveernos de harina y de lo demás que le llegara para sus soldados. Aceptamos contentos y a la mañana siguiente, en cuanto amaneció, nos pusimos en marcha de nuevo hacia Sapoá. Todo un día de andar. Deshechos de fatiga llegamos al fin, descansamos un tiempo y después nos fuimos a establecer a Peñas Blancas.

De Peñas Blancas y de Conventillos, donde también se establecieron nuestros soldados, hacíamos incursiones a La Cruz. Tomamos confianza y el comando ordenó que se estableciera allí un pequeño destacamento. Un día presentóse de sorpresa la caballería tinoquista y se empuñó una lucha de la cual salimos, los que logramos salir, bastante mal librados. Fue en esa lucha en la que pereció al maestro García Flamenco, el valiente denunciador del crimen de Buenos Aires.

A pesar de estos reveses no cejamos en el empeño, nos sostuvimos en el límite que divide los dos países, manteniendo al gobierno de Tinoco, si no a raya, al menos en constante zozobra; hasta que vino el 13 de junio en San José y luego el asesinato de Joaquín y por último la salida de Pelico y la debacle del régimen.

A falta de otros méritos hay que acreditarle a Julio Acosta el de haber tenido fe, una fe de carbonero o de teósofo, una fe a prueba de fracasos y de penalidades. Don Julio es un iluminado, y contra esa tónica espiritual suya no valían las experiencias adversas. Recuerdo que cuando íbamos la primera vez hacia La Cruz, hablaba de que bastaría que hiciéramos contacto con las fuerzas de Tinoco para que los patillos de este último se vinieran en masa hacia nosotros. Ninguno se vino. Ningún costarricense tampoco llegó a engrosar nuestras filas, compuestas en su mayoría de nicaragüenses, de los pocos emigrados ticos y de algunos hondureños.

Por aquellos días de la revolución y algún tiempo después, fue costumbre hablar de nuestros compañeros de armas nicaragüenses como de una gaviilla de pícaros. Así generalizado, tal concepto resulta inexacto

además de injusto. Nosotros —no hay que negarlo— trajimos un buen número de estos hombres sin oficio ni beneficio, que en los países de historia revolucionaria llegan hasta a constituir una clase social: soldados de fortuna útiles únicamente, si así puede decirse, en tiempo de guerra y que en los intervalos de paz andan de aquí y de allá dando soblazos y suspirando por regresar al estado de guerra o, como se dice en Nicaragua, por volver al calanche. Pero también es cierto que a nuestro lado pelearon muchachos de conducta recomendable y aun de posición y buen predicamento social: Alfonso Estrada, García Osorno, citados ya entre las bajas de la batalla de El Jobo—, Segundo Chamorro y otros mas que por el momento no recuerdo. Claro es que a la causa tinoquista convenía propalar rumores de los desmanes de los ni-

Pasa a la Pág. 23

Viene de la Pág. 22

cas, para ver de impresionar a los aprensivos ticos.

En parte lo consiguieron. Muchos ignavos llegaron a considerar la posibilidad de ser víctimas de tropelías en el caso de que la invasión se abriera camino hacia el interior del país. La entrada de los revolucionarios por fortuna, no tuvo incidentes que justificaran esos temores sino que, al contrario, revistió el mismo carácter pacífico y pintoresco de los recibimientos a las reinas de la belleza; sin que esto quiera decir que la traza en que llegaron pueda compararse, en punto a elegancia, a la esplendidez suntuaria con que arriban las misses. Es hasta probable que las señoras nerviosas y los señoritos bien confirmarían su mala impresión de los revolucionarios, pues, como observaba recientemente un corresponsal inglés refiriéndose a los milicianos de la actual guerra de España, "siempre resulta siniestro el aspecto de un grupo de hombres cuando ninguno de ellos lleva cuello y muy pocos van afeitados". Yo mismo me acuerdo de haber reaccionado así la tarde que salimos de Granada, al notar la facha, el desenfado y los apodos con que se llamaban unos a otros los milicianos nicas. Fue tal mi impresión que le expuse a Jorge Volio aquel hecho, a mi juicio ominoso, de que ninguno de ellos tuviese nombre propio. Jorge se echó a reír a carcajadas y me contestó:

—¿qué querías tú, que nos trajéramos a don Francisco Solórzano, a don Salvador Cardinal y a todos los señores de la calle atravesada?

Hay que decir también de justicia a aquellos desalmados,

que no se portaron todo lo mal que pudieron portarse y que en cuanto a robos y desmanes todavía se quedaron muy atrás de los secuaces de Tinoco. En efecto, no cometieron faltas tan horrosas que ameriten los aspavientos con que algunos costarricenses, a quienes no se les vio nunca tomar armas contra Tinoco, hablaban de "la hueste abigarrada en la cual se habían enrolado no pocos facinerosos de pura sangre". Y mucho menos aquellos ascos hipócritas que solía hacer desde París el tirano caído: "¡Cuántos delincuentes traspasaron nuestras fronteras el 5 de mayo de 1919, y qué estela de sangre inocente fueron dejando durante los veintidós días que los distanció de la primera avanzada de las fuerzas del gobierno, acampada en esta memorable finca El Jobo! ¡Cuánta fama precedía a estos facinerosos generales y a su ejército de desalmados".

La revolución del Sapoá

Por lo visto Pelico no tenía ojos más que para los excesos blemente, de que los domingos que pudieron cometerse en dirección a Nicaragua, pero no había visto, o al menos ya no se acordaba, de las atrocidades cometidas por su miserable panaguado en dirección a Panamá, en el pasaje solitario de Buenos Aires, donde cayeron Carlos, Rogelio, Jeremías Garbanzo, Ricardo Rivera, Joaquín Porras y Salvador Jiménez.

Al amparo de las banderas de la revolución regresé a la patria. Feliz regreso. La gente entonces no sabía dónde poner a los restauradores. Se nos tributaron discursos, artículos de periódico, tés sociales, fiestas en clubs y colegios. O mejor dicho, se les tributaban a mis compañeros, pues yo tuve el buen acuerdo de no asistir a ninguno de aquellos agasajos.

en previsión, profética probada ramos traen siempre muy cerca los viernes santos. Me conformé en cambio con el placer que me proporcionara la vuelta al hogar y los paseos a los aledaños deliciosos de Cartago, por caminos llenos de sol, de pájaros y del ruido alegre de esas quejumbrosas y pintorescas carretas nuestras. Volví entonces a sentirme lírico y escribí, para ser dicha en la escuela "Jesús Jiménez", una charla sobre "La joven literatura nicaragüense", en ofrenda al país hospitalario.

Mientras tanto, la luna de miel entre los restauradores y el sentimiento público seguía. A la verdad, Aguilar Barquero, quien, como se sabe, formó su gabinete de elementos decididamente antitinoquistas, (uno de ellos hasta había derramado su sangre en las jornadas de ju-

nio, al tiempo que las turbas quemaban La Información, de ingrata y despreciable memoria); y aunque reprimió, como era su deber, los amagos de venganza de las gentes agraviadas durante la tiranía de los treinta meses, dejó hacer sanción en forma legal y ordenada. ¡Con cuánto gusto aprovecho esta incidencia de mi relato para rendir un homenaje de gratitud y simpatía a aquel viejo bueno y sencillo que ejerció el poder en calidad de dictador y no dejó, sin embargo, el recuerdo de una sola violencia ni de una sola injusticia. Después de los desplantes militaristas, del cinismo de guardarrópia, de las farsas y arrogancias de los Tinoco y su comparsa, daba gusto ver salir a don Chico del Castillo Azul y coger, como cualquier hijo de vecino, el carro de tranvía que había de traerlo hasta la esquina de La Magnolia, doscientas varas al norte de su casa.